

A MODO DE PRESENTACIÓN

La Guerra de la Independencia, en la que se manifestó la España unida frente al invasor en 1808 y la Constitución de 1812, en ocasión de cuya proclamación quedaron ya abiertamente enfrentadas las dos Españas, están dando lugar a conmemoraciones diversas. Nos ha parecido oportuno contribuir con un número monográfico de *España Contemporánea* a las publicaciones conmemorativas de estos dos aniversarios. Los artículos de este número, a cargo de conocidos estudiosos de la literatura española de los siglos XIX y XX, muestran temáticamente en primer lugar un interés por temas relacionados con la guerra de la Independencia y por el Galdós de los *Episodios Nacionales*, seguido por obras del periodo romántico y por autores del siglo XX.

Tony Dorca ve el artículo de Galdós «Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870», como prototipo de *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, el tercer episodio de la primera serie, pues las semejanzas entre dicho artículo y los diez últimos capítulos de este episodio son bastante evidentes. En *El 19 de marzo y el 2 de mayo* el relato contrasta la actuación del pueblo en ambas fechas; la primera, en el motín de Aranjuez que ocasionó la abdicación de Carlos IV, y la última, en su levantamiento contra los franceses el 2 de mayo del mismo año. En este episodio Galdós destaca por primera vez la actuación de las clases populares en la historia de España y ve a las del motín de Aranjuez como una turba revolucionaria, a la que repudia, mientras que los defensores de la amenazada independencia de España el 2 de mayo son para el novelista patriotas heroicos. Galdós considera que

sus compatriotas no se conducen nunca a base de «movimientos lentos y progresivos» sino a impulsos de «golpes de mano». Estos son *levantamientos* cuando son «gloriosos y grandes», como el Dos de Mayo, y *pronunciamientos* si son «pequeños y miserables». Y en su artículo «El Dos de Mayo», retrata la idiosincrasia de un país que no sabe avanzar al ritmo acompasado que le marcan sus gobernantes, sino que oscila bruscamente de un extremo al otro por las sacudidas de la masa.

Leonardo Romero Tobar por su parte estudia cómo consideró Galdós en la Primera Serie de los *Episodios* Nacionales, la relevancia de la guerra de la Independencia en un momento en el que se fraguaron la vivencia patriótica y la construcción de la moderna nación española. Para él la idea de patria se solapa en la época Moderna con la de nación; y Galdós, para quien la ideología de la Constitución forma la base de su pensamiento político, coincide con la historiografía española del XIX en considerar la guerra de la Independencia fundamental para la conformación de la moderna idea de nación en España. Y tanto para los liberales como para los conservadores el 2 de Mayo es la primera manifestación de los españoles en tanto que nación. Romero Tobar destaca que la visión galdosiana de la brutalidad guerrera en esta primera serie ira tornándose cada vez más violenta en las sucesivas series de los *Episodios*.

El episodio de la primera serie, *El equipaje del rey José*, marca el fin de una época y el comienzo del reinado de Fernando VII, y de las dificultades de la España constitucional a lo largo del siglo XIX. Y para Dolores Troncoso «la rigurosa estructura de los motivos históricos de este episodio obedece al propósito siempre presente en Galdós de buscar las raíces del presente en el pasado, basado en el principio de la historia como *magister vitae*»

Saliendo ya de Galdós Enrique Rubio nos dice en su artículo que *El señor de Bembibre* de Enrique Gil y Carrasco es una novela en clave pues los sucesos de la Edad Media se identifican con otros acaecidos en tiempos del autor. Enrique Gil era liberal moderado y contrario a la Desamortización de Mendizábal, que privó a los antiguos estamentos, la nobleza, los municipios y el clero, de su propia fuerza económica. Y Gil equipara en esta novela la Desamortización con la incautación por la corona de los bienes de la disuelta Orden del Temple. Rubio ve *El señor de Bembibre* como una «novela de la exclaustación» que narra el enfrentamiento de una orden religiosa con el Estado, como en tiempos de Mendizábal. La situación histórica es

semejante: una guerra, en el presente la guerra carlista y la inestable situación del trono de Isabel II, parecida a la de la minoría de Fernando IV.

Quienes vivieron la guerra de la Independencia transmitieron sus vivencias a sus sucesores y aquellos relatos orales se recogieron después en obras literarias de índole diversa que aseguran ser verdad lo que cuentan y reclaman tanta credibilidad como la historia. Ana Freire estudia las características de los relatos breves y cómo glorifican hechos gloriosos, exaltan a los héroes propios y el patriotismo de la población civil. En contraste, los enemigos franceses son siempre violadores de mujeres, blasfemos y sacrílegos.

Centrándose en la excepcional situación de Cádiz durante la guerra de la Independencia, Marieta Cantos Casenave estudia la música bélica como un elemento definidor de la vida cotidiana en aquellos años, basándose en materiales de archivos y hemerotecas, así como en epistolarios y memorias. Aquella música, ya fuera de carácter callejero, acompañando obras teatrales o cantada en reuniones privadas solía tener carácter patriótico y político y, según Cantos Casenave, «servía para conjurar el miedo al enemigo y animar a las tropas, reafirmación nacional, exaltación del credo constitucional, glorificación de la monarquía, para distraer a la población de la abarrotada población sitiada y conseguir que toda la nación cantara y bailara al mismo son».

La crítica ha considerado los dramas *Carlos II el hechizado* y *Guzmán el Bueno* como los dos polos opuestos de la obra dramática de Antonio Gil y Zárate y como dos formas opuestas e irreconciliables de entender la escritura dramática. *Carlos II* fue considerado romántico, inverosímil y subversivo mientras que *Guzmán el Bueno* era la obra maestra del nuevo drama nacional. Daniel Muñoz Sempere estudia aquí la unidad de elementos presentes en los dos polos aparentemente opuestos de ambos dramas como el papel de la monarquía, la relación entre lo privado y lo público, y la identidad nacional. Muñoz Sempere considera que en ambas obras, aparte del estridente anticlericalismo y la degradación del poder real en *Carlos II*, prevalece un punto de vista moderado, bajo el cual la nación no es patrimonio exclusivo de una familia ni está subordinado al poder del clero.

Pasando ya al siglo XX, Stephen H. Summerhill examina la oposición de Unamuno al Directorio militar en su *Romancero del destierro* (1924), escrito en el exilio. Probablemente sea su libro menos co-

nocido, en parte por haber estado rigurosamente censurado hasta los años 80 del pasado siglo, o por haberle considerado la crítica demasiado polémico. Sin embargo, Summerhill considera que con este libro Unamuno quiere poner en evidencia un régimen que ha destruido la poesía con la mediocridad, la falta de honestidad y una vana defensa del honor. En este caso, el lenguaje sincero ha de expresar la ausencia de poesía y para Summerhill el autor lo consigue brillantemente con la antipoesía una versión temprana de una tendencia del siglo XX. En lugar de ser una de sus obras más flojas, *Romancero del destierro* surge aquí como una de las contribuciones más atrevidas y originales de Unamuno a la poesía española, que ha sido injustamente olvidada durante más de ochenta años.

Fidel López Criado se ocupa en su trabajo de la novela *Los que no fuimos a la guerra* que tiene lugar durante la guerra mundial de 1914-1918. En ella, Wenceslao Fernández Flórez, «uno de los pocos escritores españoles —según José Carlos Mainer— que percibió el cambio que el mundo europeo estaba experimentando», examina los tópicos, tipos y circunstancias representativos de una pequeña ciudad española imaginaria en la que la mitad de sus habitantes piensa de modo opuesto al de la otra mitad. Fernández Flórez critica la falta de iniciativa de la clase empresarial española que no supo aprovechar el boom comercial de la guerra y que en lugar de modernizar sus estructuras productivas como otros países continuó la tradición picaresca. Pero Fernández Flórez no acertó a ver que la creciente conciencia de clase de los trabajadores y los problemas laborales de los años 30 llevarían a la guerra civil.

SAMUEL AMELL
y SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA